

CAPITULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion.

El dia siguiente de mi boda los señores de Leiva se volvieron á Valencia despues de haberme dado mil nuevas pruebas de su buen afecto y amor, de manera que mi secretario y yo nos quedamos solos con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro de ganar el corazon y cariño de nuestras mugeres no fue inútil; en pocos dias inspiré yo á la mia todo el vehemente amor que la tenia, y en breve tiempo hizo Scipion olvidar enteramente á la suya todos los disgustos que la habia causado. Beatriz, que era de genio alegre y despejado, sin costarla mucho se hizo dueña de todo el amor y de toda la confianza de su nueva ama. En fin todos quatro estabamos admirablemente acordados, y comenzábamos á gozar una vida verdaderamente envidiable. Pasábamos unos dias inocente y gustosamente divertidos. Antonia era un poco seria, pero Beatriz y yo siempre estabamos de buen humor, y quando no lo estuviéramos bastaria Scipion para desterrar toda melancolia; porque no se puede negar que era un hombre incom-

pa-

parable para la sociedad y para mantener siempre viva y festiva la mas numerosa compañía.

Un dia que despues de comer nos vino gana de ir á dormir la siesta al sitio mas sombrío y apacible del bosque, Scipion que estaba extraordinariamente alegre y divertido, nos quitó á todos el sueño con sus festivos discursos y graciosos ofrecimientos. Calla esa boca, le dixé entre risueño y dormido, ó si quieres que no durmamos cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Con mucho gusto, señor, me respondió prontamente. ¿Quieren Vmds. que les cuente la historia del Rey Don Pelayo? De mejor gana oiria yo la tuya, le repliqué, pero este gusto nunca me le has querido dar desde que nos conocemos, ni espero que jamas me le des. ¿No me dirás en qué ha consistido esto? Si señor, yo se lo diré clarito á su merced. Ha consistido en que su merced jamas me ha mostrado el mas mínimo deseo de oirla, pues por lo demas al menor asomo de curiosidad que yo le hubiera observado, estaria ya harto de saberla, porque no tengo otro mayor deseo que el de darle gusto en todo, y éteme aqui pronto á contentarle en este punto. Cogimosle la palabra Antonia, Beatriz y yo, y nos dispusimos á escuchar su relacion, la qual no podia menos de causar un buen efecto, ya fuese divirtiéndonos, ya haciéndonos dormir.

Yo, comenzó á decir Scipion, seria ciertamente hijo de un Grande de España de primera clase, ó á mal dar y quando menos de un ca-

TOMO IV.

L

ba-

ballero del hábito de Santiago ó de Alcántara; si esto hubiera dependido de mí, pero como ninguno escoge á sus padres, el mio fue un tal Toribio Scipion, honrado alguacil de la Santa Hermandad. Como este andaba casi siempre por caminos reales, segun la obligación de su empleo, un dia encontró no lejos de Toledo á una gitanilla moza, agraciada y bien parecida. ¿Dónde vas, hija? la preguntó, endulzando quanto pudo la voz, que de suyo era áspera, bronca y disonante. Señor, respondió ella, voy á Toledo, donde de una manera ó de otra espero ganar mi vida viviendo honradamente. Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que tu arco hará sonar mas de una cuerda. Sí señor, respondió la gitanilla: gracias á Dios que me ha dado habilidad para varias cosas: sé hacer pomadas, y destilar quintas esencias muy útiles para las damas; sé decir la buena ventura; sé el modo de hacer que se encuentren las cosas antes que se pierdan; y sé mostrar todo quanto se quiera ver en un cristal ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una doncella de tanta habilidad y de aquellos talentos era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le daba para comer, sin embargo de exercitarle con la mayor exactitud, la propuso si queria ser su esposa. Inmediatamente aceptó la niña la proposicion; siguieron juntos el camino hasta Toledo, donde se casaron *in facie Ecclesie*, y ahora están Vmds. vien-

viendo con sus propios ojos el bello fruto de tan noble matrimonio. Tomaron casa en un arrabal, donde mi madre comenzó á vender sus pomadas y sus quintas esencias, pero viendo que se ganaba ya poco en aquel trato abrió tienda de adivina. Entonces fue quando se vieron llover en aquella casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de uno y otro sexo esparcieron muy presto por toda la Ciudad la fama de la Cosculina, que así se llamaba la gitana. Apenas se evaquaba la casa de los que venian á implorar su ministerio: ya era un sobrino pobre, único heredero de un tío muy rico, que deseaba saber para su consuelo quando partiría el tío de este mundo; ya era una doncella á quien galanteaba un joven caballero con palabra de matrimonio, deseosísima de asegurarse si cumpliria su palabra.

Persuádome á que Vmds. darán por supuesto que las respuestas de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes las hacia, y quando alguna vez no correspondia el suceso echaba la culpa al diablo, que burlándose de los exôrzismos con que le conjuraba para que le revelase lo futuro, se divertia en engañarla.

Era mi madre de parecer que seria muy conveniente por honor del oficio hacer visible al diablo algunas veces quando maniobraba en sus mágicas operaciones. Entonces hacia mi padre el papel del diablo, y lo hacia perfectamente, porque la aspereza y la disonancia de su voz, juntamente con la enorme fealdad de

su monstruosa cara, decian admirablemente bien con el original que representaba. Poca credulidad era menester para tenerle por tal en vista de su figura. Pero un día cierto Capitan igualmente bárbaro que crédulo quiso ver al diablo, y lleno de espanto y furor le pasó de parte á parte con la espada. Informado el Santo Oficio de la muerte del diablo despachó á un Ministro contra Cosculina, á quien prendió, embargándose al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí que á la sazón solo tenia siete años me metieron en la casa de los niños huérfanos. Habia en ella ciertos Clérigos que mediante un buen salario cuidaban de su crianza, con obligacion de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y me distinguieron entre los demas, escogiéndome para que les sirviese en las cosas que se les ofrecian. Era el portador de sus cartas y papeles, hacia sus recados y les ayudaba á Misa. Agradecidos á mis pequeños servicios quisieron tambien enseñarme la gramática, y con ella la buena latinidad; pero tomaron esto con tanto empeño, y me trataban con tanto rigor, que un día en que me enviaron á un recado cogí las dé villadiego, y en vez de volver al Hospital de los huérfanos me escapé de Toledo por la puerta de Sevilla.

Aunque á la sazón solo tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento viéndome en libertad, y dueño de mis acciones. Hallábame sin pan y sin dinero, pero nada me im-
por-

portaba, porque tampoco tenia lecciones que estudiar ni temas que componer. Quando hube caminado dos horas comenzaron mis pobres pierrecitas á darme á entender que ya no me podian servir. A la verdad nunca habian hecho viage tan largo, y me ví precisado á pararme un poco para descansar. Sentéme al pie de un árbol que estaba á orillas del camino, y para divertirme saqué el arte de Nebrija que tenia en el bolsillo. Comenzé á ojearle por entretenimiento, y acordándome de las palmadas y de los azotes que me habia hecho llevar le hice pedazos, diciéndole con cólera: ¡ah maldito libro! ya no me harás derramar mas lágrimas. Arrojele al suelo, pateéle, y quando estaba sembrando la tierra de declinaciones y conjugaciones pasó por allí un hermitaño con una gran barba blanca, montados en la nariz unos venerables anteojos, y en fin de una traza venerable. Acercóse á mí, miróme atentamente, y yo tambien le estuve mirando con grande atencion. Querido mio, me dixo, pareceme que los dos nos hemos mirado con amor y con ternura, y que no nos avendriamos mal viviendo juntos en mi hermita, que no dista doscientos pasos de aquí. Buen provecho le haga á Vmd. su hermita, le respondí secamente, que yo no tengo gana de meterme á hermitaño. Dió una carcajada el buen viejo quando me oyó esta respuesta, y sin desistir de su intento añadió: no te espante ni te acobarde, hijo mio, el hábito en que me ves; si

si es áspero y poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues que me ha hecho dueño de un deliciosísimo retiro y de varios Lugarcitos circunvecinos, cuyos habitadores no ya me aman, me idolatran. Vente conmigo y te vestiré un habitico semejante al mio. Si te hallares bien entrarás á la parte en las grandes conveniencias que disfruto en esta vida que hago. Si no te acomodáres á ella, serás dueño de retirarte y dexarla siempre que te dé la gana, dándote yo palabra, como te la doy, de que en caso de separarte de mí no dexaré de darte algo, y de hacerte todo el bien que pueda.

Dexéme persuadir y seguí al viejo hermitaño, el qual me hizo en el camino varias preguntas, á las quales respondí con una inocencia y un candor que no siempre usé despues. Luego que llegamos á la hermita me presentó un poco de fruta que devoré en un instante, porque en todo el día no habia comido mas que un zoquetillo de pan con que me habia desayunado en el Hospital por la mañana. Quando el solitario me vió menear las mandíbulas con tanto garbo, ánimo, hijo mio, me dixo, no dexes de comer por miedo de que se acabe la fruta, pues gracias al Cielo hay en la Hermita muy buena provision de ella. Sábetes que no te he traido aquí para que te mueras de hambre. Era esto tanta verdad que una hora despues de nuestro arribo encendió lumbre y puso á asar un pedazo de carnero para hacer una gran cazuela de gigo-

gote, y miéntras yo revolvia el asador él dispuso la mesa, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazón le sacó del asador, picóle, metióle en una cazuela, púsole un poco á hervir, y nos sentamos á comer, pero nuestra comida no fue como la de las ovejas, porque bebimos un excelente vino, del qual tenia tambien el penitente hermitaño su provision mas que decente. Y bien muchacho, me dixo luego que nos levantamos de la mesa, esta es mi comida ordinaria: ¿estás contento de ella? Siempre comerás asi mientras estuvieres conmigo. Por lo demas harás lo que mejor te pareciere. Yo solo quiero de tí que me acompañes quando vaya á la quèsta á los Lugares vecinos, llevarás de la rienda ó del cabestro un borriquillo cargado con dos buenas alforjas, que los devotos labradores me hacen la caridad de llenar ordinariamente de pan, huevos, carne y pescado: esto es lo único en que te ocuparé. Padre, le respondí, estoy pronto á hacer todo lo que su Reverencia me mande, salvo que me quiera obligar á estudiar latin. No pudo menos de reirse de mi graciosa sencillez el hermano Chrisóstomo (que asi se llamaba el hermitaño), y desde luego me aseguró que nunca violentaria mi inclinacion.

Al dia siguiente salimos á nuestra quèsta llevando yo mi borrico por el cabestro, cogimos

mos buenas y copiosas limosnas, porque cada labrador hacia punto de echar alguna cosa en las alforjas. Este daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino, quien una perdiz, y quien una gallina. En suma llevamos á la hermita víveres para regalarnos bien por mas de una semana: buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Chrisóstomo aquellos aldeanos. Verdad es que éste tambien los servia mucho; dábales buenos consejos quando le venian á consultar, componia sus diferencias, pacificaba las familias, les daba remedios para muchos males, y enseñaba varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven Vmds. por lo que acabo de referir que estaba muy contento y bien tratado en la hermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre un jergon de paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el qual duraba desde que me metia en la cama, muy temprano, hasta muy entrado el día siguiente. Quiso el hermano Chrisóstomo que yo tambien me vistiese de hermitaño, y con efecto él mismo me hizo un habitico nuevo deshaciendo uno viejo suyo, y comenzó á llamarme el hermitaño Scipion. Quando me vieron en las Aldeas vecinas con aquel nuevo traje, caí á todos tan en gracia que visiblemente se doblaba la limosna en las alforjas, tanto que

el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se venian tras de mí, y todos á porfia se esmeraban en dar á qual mas al hermano Scipioncito.

A un muchacho de mi edad no podia menos de gustarle mucho aquella vida ociosa y regalona, que disfrutaba en compañía del viejo hermitaño; y es bien cierto que la hubiera siempre continuado, si en la rueca de las Parcas no se me hubieran hilado otros días muy diferentes; pero mi fatal destino me obligó á dexar la dulce compañía del hermano Chrisóstomo de la manera que voy á referir.

Muchas veces habia visto al viejo que estaba trabajando en la almohada que le servia de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un día que metia en ella algun dinero, lo que me excitó una grandísima curiosidad, y determiné salir de ella en el primer viage que el hermano Chrisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez cada semana. Aguardé con impaciencia este dia, que finalmente llegó, sin tener por entonces otro fin que precisamente el de contentar mi curiosidad. Partió el buen hombre, y yo inmediatamente descosí la almohada, dentro de cuya lana encontré como hasta unos cinquenta escudos en toda especie de monedas.

Verosíblemente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los labradores á quienes habian curado sus remedios, y de las labradoras

á quienes habia alcanzado hijos con sus oraciones. Mas sea lo que fuere, apenas ví aquel dinero, y en ocasion en que impunemente me le podia apropiarse, quando la sangre gitana hizo su oficio. Víome una gana de robarle tan poderosa y tan vehemente, que no pude menos que atribuirle á la sangre que corria por mis venas. Cedió sin resistencia á la tentacion, agarré el dinero, metíle en una bolsa de cuero, y despues de haberme desnudado del hábito de hermitaño, y vuelto á tomar mi vestidico de huérfano me alejé de la Hermita pareciéndome que llevaba en la bolsa todas las riquezas de las Indias.

Este fue mi primer ensayo (prosiguió Scipion), y sin duda que en vista de él solo esperarán Vm. la relacion de otros muchos semejantes y de la misma especie. No engañaré sus esperanzas, porque en realidad todavia tengo que contarles otras gloriosas hazañas muy parecidas á aquella, antes de llegar á mis acciones loables: pero al fin llegaremos allá, y entonces verán que de un gran bribon, con la gracia del Señor, se puede muy bien hacer un hombre de bien, y muy honrado.

Sin embargo de mis pocos años no fuí tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me expondria á encontrarme con el hermano Chrisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galves, donde me entré en

VI OMOT UN

un meson cuya mesonera era una viuda como de quarenta años, con todos los requisitos que son menester para saber vender bien sus ahugetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del Hospital de los huérfanos, me preguntó quién era, y adonde iba. Respondíle que habiendo perdido á mi padre y á mi madre buscaba conveniencia. ¿Y dime, hijo, me volvió á preguntar, sabes leer? Sí señora, respondí, sé leer de corrido, y tambien sé escribir á mil maravillas. Verdaderamente yo sabia formar las letras y juntarlas de manera que parecia una cosa así como escrita, lo que juzgaba ser mas que bastante para llevar la cuenta de una taberna de Aldea. Siendo eso así, repuso la mesonera, desde luego te tomo para mi servicio. No serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de mis deudas y créditos. No te daré salario, añadió, porque son muchos los caballeros que vienen á este meson, los quales nunca se olvidan de los criados, con que seguramente puedes contar con muchos y muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservándome (como Vm. lo pueden creer) el derecho de mudar de ayre siempre y quando no me acomodase el del meson. Apenas me ví embargado para servir en él, quando me hallé el hombre mas inquieto y mas sobresaltado del mundo. No queria que ninguno supiese que yo tenia dinero, y no sa-

bia

M 2

bia donde esconderle, de modo que no pudiese dar con él alguna mano forastera. Como aun no conocia la casa no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas propios para asegurarle. ¡O y cuánto nos embarazan las riquezas! Determinéme en fin á meterle en un rincón del pajar donde habia un montoncico de paja, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré tranquilizarme todo lo que me fue posible.

Eramos tres criados en el meson: un robusto moceton que cuidaba de la caballeriza, una moza manchega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pie como de á caballo que se alojaban en casa. Siempre daban alguna cosa al mozo de caballeriza para que cuidase de sus bestias. Yo tambien sacaba de ellos algun dinerillo quando les iba á presentar la cuenta del gasto; pero la manchega, que era el ídolo de los caleseros y harrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que quartos ú ochavos nosotros dos. Quando yo habia juntado algunos reales los llevaba luego al pajar para aumentar mi caudal, y quanto mas crecia éste, mas pegado estaba á él mi apocado corazón. De tiempo en tiempo lo visitaba, dábale mil besos, y lo estaba contemplando con una dulce suspension que solamente los codiciosos avaros pueden bien comprender.

Treinta veces al dia iba á ver el sitio donde
es-

estaba mi tesoro por el tierno amor que le tenia. La mesonera me encontró frecuentemente en la escalera del pajar, y como era una muger naturalmente suspicaz y desconfiada, quiso un dia saber qué cosa era la que me hacia repetir tantas visitas á aquel sitio. Subió á él y comenzó á registrarle todo, recelando quizá que yo tendria escondidas algunas cosas que la hubiese robado á ella. Revolvió la paja que cubria mi bolsón, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer que todo aquello era suyo, y que yo se lo habia hurtado. Por de contado se apoderó del caudal, y tratándome de bribón, ladrón y malvado, dió orden al mozo de caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me aplicase medio ciento de azotes, y despues de bien acribillado me puso á la puerta de la calle, diciéndome que no queria sufrir en su casa ladronzuelos ni rateros. Inútilmente juraba y perjuraba yo poniendo por testigos al Cielo y á la tierra, que nada la habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos la creían mas á ella que á mí. Y vean Vmds. ahora como los dinerillos del hermano Chrisóstomo pasaron de las manos de un ladrón novicio á las de una ladrona profesada.

Lloré la pérdida de mi dinero como una tierna madre llora la muerte de un hijo único que nació de sus entrañas; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo
que

que habia perdido, por lo menos bastaron para mover la compasion de algunas personas que me las veían derramar, y entre otras la del Cura de Galvès, que casualmente pasaba á la sazón por allí. Mostróse compadecido del estado en que me veía, y llevóme consigo á su casa. En ella, ó fuese por ganar mi confianza ó por hacer burla de mí, comenzó á exclamar mostrando tenerme mucha compasion. Cierto, dixo en tono lastimero, que me da gran dolor este pobre muchacho. ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna experiencia y falta de reflexiõn hubiese hecho una acciõn ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. Volviéndose despues á mí, me preguntó con mucho cariño, ¿de dónde era y quiénes mis padres? porque tienes traza, añadió de ser hijo de gente honrada. Explicáte conmigo con toda confianza, y está seguro de que no te abandonaré.

El Cura, con este su alhagüeno y caritativo discurso, me fue insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos con la mayor ingenuidad. Contéle de pe á pa todo lo que habia hecho, y despues de haberme oido me dixo: aunque es cierto que no conviene á los hermitaños atesorar dinero, esto no excusa ni disminuye el pecado que cometiste robando al hermano Chrisóstomo, quebrantando el séptimo mandamiento que prohíbe tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; pero yo me

ca-

encargo de obligar la mesonera á que restituya al hermano Chrisóstomo todo su dinero, y así por esta parte podrás vivir sosegado, y aquietar enteramente tu conciencia; lo qual aseguro á Vmds. que de ninguna manera me inquietaba; pero el Cura que allá tenia sus fines, no paró aqui, antes bien prosiguió diciéndome: yo, hijo mio, quiero empeñarme en favor tuyo, y solicitarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un mozo de mulas, y una carta para un sobrino mio, Canónigo de aquella Santa Iglesia, que no se negará á recibirte en el número de sus familiares, los quales todos lo pasan como unos Beneficiados que se regalan á costa de la prebenda. En esto no tengo duda, y desde luego te puedes considerar como admitido.

Consolóme tanto esta seguridad, que al instante olvidé el bolson y los azotes que me habian dado. Todo mi pensamiento se ocupó en el gusto que tendria quando me viese con una vida de Beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del Cura un alquilador con dos mulas. Pusiéronme á caballo en una, montó el alquilador en otra, y partimos juntos camino de Toledo. Era mi compañero de viage un grandísimo guiton, de bello humor, y muy amigo de divertirse á costa del próximo. Querido Scipion, me dixo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor Cura de Galves. No podía darte mayor prueba de lo

mu-

96 *Las Aventuras de Gil Blas.*

muchó que te ama que acomodarte con su sobrino el señor Canónigo, á quien conozco muy bien; y es sin duda la perla de aquel Cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y consumido está predicando mortificacion y abstinencia: nada menos. Es un Eclesiástico lleno, gordo, colorado, siempre alegre y siempre de buen humor; un viviente en fin, que se divierte á todo lo que sale, y que gusta mucho tratarse bien. Estarás en su casa ni mas ni menos como un pollito empanado.

Conociendo el guiton del alquilador el gusto con que le oía continuó en el panegirico del Canónigo, ponderando lo mucho que yo celebraria mi fortuna quando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegamos al lugar de Orbisa, donde nos apeamos para dar un pienso á las mulas. En tanto que el alquilador andaba de aquí para allí dentro del meson, quiso mi buena suerte que se le cayese del bolsillo un papel que yo tuve modo de recoger sin que él lo advirtiese, y le pude leer mientras él estaba en la caballeriza con el ganado. Era el tal papel una carta dirigida á los Capellanes del Hospital de los huérfanos, la qual decia así ni mas ni menos.

Muy señores míos. Me he creído obligado por caridad á restituir en sus manos un bribonzuelo que se escapó de ese Hospital. Paréceme muchacho muy desparvilado, y por lo mismo muy digno de que Vmd. se sirvan tenerle encerrado. No

Lib. X. Cap. X.

97

dudo que con la correccion y el castigo puedan hacer de él un hombre de bien y de razon. Queda rogando á Dios conserve á Vmds. en tan piadosos como caritativos oficios,

El cura de Galves.

Luego que acabé de leer esta carta, que me descubria la buena intencion del Señor Cura, no dudé un punto sobre el partido que debia tomar. Salir inmediatamente del meson y ganar las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los Clérigos que enseñaban latin en la casa de los huérfanos, adónde absolutamente no queria volver: tanto me habia disgustado el modo con que enseñaban la Gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera donde habia de ir á comer y beber. Es verdad que el tal pueblo es una ciudad de bendicion, en la qual un hombre de talento reducido á vivir á costa agena no puede morir de hambre, y con efecto no tardó en favorecerme la fortuna; pues no bien habia entrado en la plaza quando un caballero bien vestido agarrándome por el brazo me dixo: ¿oyes, chico, querrás ser criado mio? porque me alegrára tener un lacayo como tú. Y yo á un amo como Vmd., le respondí prontamente. Segun eso (me replicó) desde este mismo momento estás ya admitido en mi servicio: sígueme, y yo le seguí sin réplica.

El tal caballero podia tener como unos treint